

blemente en razon de la importancia creciente de los caciques que iban ó enviaban á ofrecer sus homenajes al Almirante.

Cerca de un rio, que éste compara á un mar, en la rada de Santo Tomas, recibió de regalo un cinturón adornado con una cabeza de animal de largas orejas, y cuya lengua colgante y nariz eran de oro batido.

Á tres leguas de la Punta Santa, en el interior, recibió otro jefe honrosamente á una comision de seis hombres que se le presentaron de parte de Colon, y encargó á estos enviados que ofrecieran á su jefe varios pedazos de oro. Finalmente, un cacique de quien tendremos que hablar muy pronto y más de una vez, ofreció tambien al Almirante una máscara de grande dimension, cubierta en parte de planchas de oro.

Aunque semejantes ofrendas distaban mucho de corresponder á las ricas maravillas contadas por Marco Polo, el Almirante estaba ademas asombrado de la generosidad, bondad é inteligencia de los naturales y de sus jefes. Á no tardar iba á recibir nuevas pruebas de estas cualidades, en una de las situaciones más graves en que jamas se encontró marino alguno.

Persuadido por nuevos informes de que estaba cerca de Cibao, se había lanzado en busca de aquel Ofir imaginario al traves de un mar lleno de arrecifes y bancos de arena, donde nada correspondía á su espectacion, pero que había hecho explorar con su vigilancia y puntualidad acostumbradas. Anclado en una rada de las más seguras, despues de treinta y seis horas pasadas sin dormir, no teniendo que temer ningun peligro en un mar tranquilo «como un charco» habíase decidido al fin á descansar un momento. Lo propio había hecho la tripulacion extenuada, y el timonel que quedó en la caña no había tardado en confiarla á su vez á un grumete, cuando repentinamente se puso este á dar gritos desgarradores.

Colon estaba ya á su lado, por haber sido el primero de todos en conocer que el buque había encallado, y mandando ya á su gente despertada sobresaltadamente las maniobras de salvamento. Habíase echado al mar el bote de popa con un ancla, y el palo mayor se inclinaba ya bajo los hachazos que debían abatirle al objeto de aligerar el buque, cuando habiéndose alejado á fuerza de remos los hombres del bote en lugar de cumplir con su deber, faltó la maniobra por equivocacion, y abandonado el buque por la marea, se ladeó más y más, sin que ya fuera posible despues levantarle. Varó finalmente, pero por fortuna sin estrellarse, merced á la ninguna fuerza de las olas, y no le quedó más remedio á Colon que hacer traspasar su tripulacion á *la Niña*, que le había enviado todos los marineros fugitivos con todas sus propias embarcaciones.

Terminada esta operacion, habiendo el infatigable Almirante mandado ponerse al paio para esperar el día, volvió á bordo del buque varado, para examinar la extension del desastre, y atender á los medios de repararlo, ó á lo ménos amino-

rarlo. Habiendo reconocido con dolor que este último partido era el único practicable, envió inmediatamente á tierra dos hombres de confianza, encargados de pedir auxilio al jóven cacique de quien hemos hablado ya más arriba.

Entónces se reveló claramente la humanidad, la caridad, por decirlo con su palabra propia, de aquella raza de hombres que la nuestra pagó con tan negra ingratitud.

Miéntas que en todo el litoral del antiguo mundo estaba todavia universalmente reconocido y generalmente ejercido el infame derecho de extranjeros advenedizos, —apénas está abolido actualmente,—en otra parte, hombres sin leyes escritas, idólatras, salvajes, como les llamaban Mateos ó Pinzon, no se contentaban con arrancar de los abismos del Océano la vida y las riquezas de hombres extranjeros de su suelo, y cuya codicia y vicios habían conocido ya; sino que recogían y auxiliaban á los futuros exterminadores de su raza, les compadecían, y lloraban por ellos.

Desde el amanecer açudia su jefe lloroso con sus dos hermanos, poniendo á la disposicion de Colon grandes botes y todos sus súbditos, para ayudarle á descargar el buque varado. Él mismo presenciaba todos estos trabajos, consolaba lo mejor que podía al Almirante, repitiéndole continuamente que todo cuanto él poseía estaba á su disposicion. Finalmente, y por cierto que era precaucion muy inútil, ponía guardias armados para vigilar el salvamento, y, cosa digna de admirarse, de los miles de objetos que se desembarcaron, y pasaron varias noches al raso, no se extravió ni uno solo á pesar de que el más mínimo de todos, un clavo, una aguja, una sortija de laton, eran codiciados con frenesí por aquel pueblo de niños grandes.

Quizas aquella misma noche, á la misma hora, á la vista de las costas de nuestra Europa, un buque perdido corria á estrellarse en arrecifes á donde le había atraído un fuego de matorral,—¡un faro engañador, abominacion!—y al punto bajando de la costa con gritos feroces, una horda de civilizados, de cristianos, hombres, mujeres, niños, provistos de garfios, horquillas, arpeos, completaba la obra del mar, le disputaba, le arrancaba los destrozos del buque, y rechazaba á los naufragos léjos de aquella costa donde habían creído ver brillar la estrella de la salvacion.

Sin duda tendria Colon presente este contraste en su imaginacion, cuando escribía á sus soberanos: «Estos hombres son amables, sin ninguna codicia, y tan naturales en todo, que no creo haya en el mundo gentes mejores. Hablan de la manera más dulce y afable que puede oirse, acompañándose siempre de benévolo sonris. De ellos puede decirse que aman á su prójimo como á sí mismos.»

El experimento que acababa de hacer Colon de aquellas almas «naturalmente cristianas,» le determinó á fundar un establecimiento en un sitio que, por otra parte, le parecía designado por un accidente en el que su piadosa resignacion veía el mismo dedo de la Providencia. Comunicó su intencion al cacique Guacanagari

de quien podía estar tan complacido, y este se la aprobó con vehemencia, ofreciéndole toda su protección en todo. El Almirante, empero, estaba obligado, como él mismo lo explicó, á dar á este jefe y á sus súbditos una opinión muy grande de los talentos y del poder de los españoles. Hizo, pues, que estos construyeran una torre y un fortín encima de cuevas abovedadas, donde se reunieron las municiones de guerra y boca, y otros géneros y objetos de todas clases, que podían ser útiles á las futuras necesidades de la guarnición.

Estos trabajos ejecutados rápidamente, bajo la dirección de Colon ingeniero y arquitecto, maravillaban al joven príncipe que los seguía con inteligente curiosidad. Adoptando ya en parte los usos europeos, llevaba habitualmente una camisa, guantes, zapatos, regalos del Almirante en quien parecía amar y reverenciar un padre. Como hablaba á menudo de aquellos caribes antropófagos cuyas incursiones desolaban sus pequeños Estados, resolvió Colon ántes de partir dejarle á él como también á su pueblo una elevada idea de los recursos que encontrarían en una sincera alianza con él. Para inculcarles esta opinión saludable, bastó una especie de ejercicio de fuego. Hasta faltó poco para que no fuera excesivo el objeto conseguido, por lo mucho que aterrorizaron á aquellas pobres gentes el ruido y efecto de un arcabuz y de una espingarda descargados contra el casco de *la Santa Maria*.

Tomadas esas prudentes precauciones, y terminada la construcción del fuerte, consagró Colon solemnemente aquella cuna de una colonia naciente, poniéndola bajo la invocación del Nacimiento del Salvador: llamólo *Natividad* y mandó enarbolar en él el estandarte de Castilla. Al propio tiempo levantó en una ladera cercana la cruz más monumental que hasta entonces se hubiere visto en el nuevo mundo.

Los indios asistieron á esas ceremonias con su jefe revestido de un soberbio manto escarlata, y rodeado de nobles sacerdotes, desplegando una pompa de la cual se muestra el Almirante maravillado y edificado al mismo tiempo. Su corazón estaba inundado de gozo ante la respetuosa actitud, y las frecuentes señales de la cruz de aquellos salvajes que él veía, en un porvenir muy próximo, convertidos á una religión cuya moral practicaban ya.

Por esto, lleno de congoja tomó al fin sus últimas disposiciones para un viaje que se había hecho tan necesario como peligroso, á consecuencia de la pérdida total de uno de sus dos buques y del mal estado del segundo. Procedió á la elección de la guarnición que se compuso de cuarenta y dos hombres, escogidos en su mayor parte, bajo el mando de su sobrino Diego de Arana; después de lo cual, y de haber atendido lo mejor que fué posible á cualquier evento, y dejando á la pequeña colonia las más prudentes instrucciones y los más paternales consejos, despidióse del inconsolable Guacanagari, y el viénes, 4 de enero, partió para Europa en *la Niña* cargada hasta sumergirse, pero llevando más que á César y á su fortuna.

Apénas salido del canalizo, cambió el viento, pero tan contrario que no se pudo avanzar sino barloventeando, de lo que se aprovechó Colon para sondear los puntos más salientes de aquella admirable costa, de la que no se alejaba sino suspirando. Al pié de un monte que llamó Monte Cristo, y á la entrada del puerto de igual nombre, un grito salido de la gavia señaló *la Pinta*. Era efectivamente dicho buque al que la fresca ventolina llevaba como por fuerza á su deber.

Haciendo de la necesidad virtud, el mayor de los hermanos Pinzon estuvo muy pronto al lado del Almirante, á quien, para explicar su desertión, alegó excusas de las que éste se dió por satisfecho por prudencia, pero no sin escribir en su diario «que, una vez cumplida su misión, no toleraría ya las malas acciones de hombres faltos de delicadeza y sin virtud, que pretendían hacer prevalecer su voluntad contra quien tanto les honró.»

Pinzon, finalmente, no sólo perdió en aquella ocasión la confianza del Almirante, sino que su crédito, como marino, disminuyó en el concepto de las tripulaciones, cuando se comprendió que, por su ánsia de recoger oro, había descuidado renovar uno de sus palos inutilizado, y dejado invadir *la Pinta* por taladras que habían averiado en gran manera su casco.

Esta última avería, unida á una vía de agua que debió repararse en *la Niña*, causó largos retardos á la expedición de regreso, y la entregó á tempestades que alguna mayor prontitud, le hubiera hecho evitar á no dudarlo.

Colon no perdió el tiempo durante las inevitables estadías á que dieron lugar estos diversos accidentes: exploró la costa norte de Santo Domingo hasta el golfo de Samaná, y pudo además dar una severa lección á unos naturales de la raza de los ciguayanos, que habían intentado apoderarse de un destacamento español.

Esta fué la primera sangre derramada por europeos en el nuevo mundo; pero aquí á lo ménos la causa era justa, y como no había habido ninguna muerte, tuvo el Almirante la satisfacción de no alejarse sin haber visto restablecida la buena inteligencia entre los españoles y aquellos salvajes, á quienes miraba indistintamente como hijos suyos.

Mientras tanto, é interin buscaba al sudeste aquella isla de las Amazonas, que se supone ser la Martinica, habiéndose el viento declarado favorable, navegó finalmente en dirección á España, en nombre de la Santísima Trinidad, esperando, decía él, que á pesar del mal estado de las dos carabelas, le volvería otra vez á buen puerto el mismo Dios que ántes le había llevado.

Durante la primera semana, el tiempo no hizo más que corroborar su justa confianza; pero á contar desde el 21 de enero, hicieronse frecuentes los cambios de rumbos; sucedieronse calmas y borrascas, de manera que amainaban indefinidamente una navegación en la que el menor retardo era un peligro.

Á cada instante debía *la Niña* plegar velámen para esperar á *la Pinta* que apénas navegaba más que de bolina.

Sin embargo, quince días despues se creían los pilotos muy cerca de España, pero Colon sostuvo que se equivocaban de ciento cincuenta leguas, y el resultado demostró su razon. En el momento que segun su estima, debieran haberse encontrado al abrigo de un puerto, vieron venirles encima una tempestad, que por espacio de tres días con sus noches, les tuvo continuamente en presencia de la muerte.

*La Pinta* debió ceder á la merced de los vientos, por no poder gobernar. Una vez respondió á la señal nocturna de *la Niña*; pero muy luégo desapareció en la oscuridad.

El peligro se hizo finalmente tan amenazador que el Almirante tuvo que confiar al mar la relacion escrita de su descubrimiento, con todas las precauciones acostumbradas en esos casos extremos.

Cumplido este deber, Colon, desmayado un momento, sintió renacerle una confianza, que por esta vez tampoco debía engañarle como no lo habia hecho hasta entónces.

El viérnes, 15 de febrero, se reconoció una tierra en donde vieron los pilotos las costas de España, pero que el Almirante declaró ser una de las islas Azores.

Tambien estaba en lo cierto el Almirante; pero lo que debió halagarle ménos que todo es que aquella isla de Santa María, á la que le era necesario de toda necesidad arribar, pertenecía al rey de Portugal, á un príncipe cuya malevolencia debía temer entónces más que nunca.

Efectivamente, apénas hubo desembarcado una parte de sus hombres para cumplir uno de los votos hechos durante la tempestad, mandó el gobernador prenderlos. Igual suerte hubiera tenido Colon, como se supo despues, si hubiese saltado de *la Niña*; pero buen cuidado había tenido de no hacerlo. Por esto, cansado de insistir el gobernador, y desconfiando de atraerle á un lazo puso al fin en libertad á sus hombres, y *la Niña* debió darse á la vela otra vez, sin haber ni siquiera podido abastecerse de víveres y hacer frente á una tempestad mucho más furiosa aún que la primera en que estuvo á punto de naufragar.

Era el famoso huracan, el más terrible de que haya memoria, que hubiese levantado el mar Océano. Solamente en Flandes se habian perdido veinte y cinco buques españoles.

La pequeña *Niña* no naufragó: á ciegas contra la tempestad, pasó rozando por el terrible peñasco de Cintra, y al traves de mil peligros forzó la difícil entrada del Tajo.

Una vez más había Colon hecho lo imposible, y aún iba á realizarlo otra vez.

En el momento que toda su tripulacion se lamentaba de verse caída en poder

del rey de Portugal, escribía él á dicho príncipe una de aquellas cartas como sabia escribirlas él solo, y el príncipe, desarmado, enternecido—y prudente,— enviaba á buscar al Almirante, con extraordinarios honores, le enviaba á la reina no ménos asombrada de verle y oírle; y, despues de muchas vacilaciones, vencedor al fin de sí mismo, le dejaba partir para España.

Con todo, á última hora, le envió á proponer, visto el mal tiempo, una escolta de honor que le acompañaría por tierra á Castilla. Colon sabia que se había dado al rey el consejo de asesinarle, pero sabia tambien con cuánta indignacion se había rechazado semejante consejo. No obstante, despues de reflexionarlo mucho, prefirió la via de mar, y el viérnes, 15 de marzo,—¡siempre un viérnes!— pasaba la barra de Saltes, subía el Odiel, desembarcaba en Palos, y se arrojaba en brazos del padre Juan Pérez de Marchena.